

Elda / Villena / Vinalopó

HALLADO UN DOCUMENTO HISTÓRICO ► RELATO DE UNA MUJER VALIENTE

Serafina Ramírez Navarro Encarcelada siete años en Monóvar



Serafina Ramírez Navarro en su casa de La Algueña, donde narró su experiencia. CARLOS RODRÍGUEZ

«Un sargento me sacaba si me casaba con él, pero no podía dejar a mi madre»

GERARDO MUÑOZ

■ Serafina Ramírez Navarro cumplirá 97 años el 28 de mayo. Tiene problemas de audición, pero conserva casi intacta la memoria, sobre todo la de a largo plazo. Gracias a ello puede contar cómo fueron aquellos primeros meses de la posguerra, de los que nos separan ya 76 años. No recuerda bien algunos detalles, pero rememora con facilidad la mayoría de los hechos acaecidos, al menos los más importantes, y en su voz todavía se perciben reminiscencias de aquellos momentos vividos con alivio, orgullo, tristeza o temor.

Serafina fue una joven comprometida políticamente. Pertenece a las Juventudes Socialistas. Durante el último año de guerra, allá por 1938, fue con otros compañeros al puerto de Alicante para saludar a los rusos que traían camiones en sus barcos. Recuerda perfectamente cómo uno de ellos, el único que hablaba español, le preguntó por qué había tantas banderas ondeando en el Ayuntamiento. Ella le explicó que eran tres los partidos que gobernaban: anarquista, comunista y socialista. Y el ruso le dijo que eso era malo, que mientras el enemigo estaba unido, ellos estaban divididos y terminarían peleándose. «Y tenía razón», reconoce con resignación.

Su padre, Juan Ramírez Navarro, fue alcalde de La Algueña por el Partido Socialista. El 19 de marzo de 1939 le acompañó en su huida. Anduvieron toda la noche desde La

Romana hasta Alicante campo a través. «Por los banales, para que nadie nos viera». Su padre embarcó a las 10 de la mañana de aquel día de San José en un barco argelino llamado Estambul que le llevaría al exilio.

Serafina no se fue con su padre para no dejar sola a su madre con sus hermanos pequeños. Pero su madre le insistió tanto para que huyera, que al final le hizo caso. Volvió a ir al puerto, pero no llegó a tiempo de subirse al Stanbrook, el último barco que zarpó con refugiados. Un capitán le propuso irse con él en una barqueta, pero ella no se atrevió. «Me aconsejó que me volviera a mi casa cuanto antes». Y así lo hizo. Tomó el tren hasta Novelda y desde allí fue andando hasta La Algueña. Por el camino temió que la reconocieran y la detuvieran. «Me crucé con un cura, y luego con un guardia civil...», susurra con la mirada perdida. Guarda silencio durante un instante, embelesada con sus recuerdos.

Su madre y ella sufrieron las típicas represalias vicarias con que los franquistas castigaron a los parientes más cercanos de los exiliados. Ambas fueron condenadas a 20 años de prisión, aunque ella solo estuvo encarcelada siete, siempre junto a su madre, Serafina Navarro Martínez.

Cuando la detuvieron, Serafina tenía 20 años y era la mayor de cinco hermanos. En casa se quedaron tres de ellos, el pequeño con 4 años. El segundo, Juan, que tenía 18 años, estaba encarcelado en una prisión mi-

«El jefe de la cárcel trataba a los presos con dureza pero el falangista principal se rompió la muñeca pegándoles»

«Una presa asturiana fue liberada porque había sido maestra de Franco, aunque al principio no la creían»

litar de Figueras, ya que durante los últimos meses de guerra había estado sirviendo en el ejército republicano en Girona.

Serafina y su madre fueron llevadas en un camión a Monóvar, junto con otras cuatro mujeres de La Algueña. Ingresaron en la cárcel comarcal de Monóvar el 10 de junio. «Dormíamos en colchonetas, en la segunda planta», en una sala distinta de la de los hombres, aunque compartían con ellos los lavabos. «Había noches en las que algunas parejas conseguían reunirse en el váter "para hablar"». El entrecomillado es fruto de la sonrisa picarona que aparece fugazmente en sus labios.

Las visitaba su hermano Antonio, que les llevaba comida. El encuentro con las visitas se producía en el lavadero, que estaba en el centro de un patio interior de la cárcel: los reclusos se ponían a un lado del lavadero y las visitas al otro. La vigilancia era

constante. «El jefe de la cárcel era manco» y trataba a los presos con dureza, aunque no con tanta crueldad como el pañero, «un falangista principal que pegaba todas las noches a los hombres. Una vez hasta se rompió la muñeca pegándole a uno».

Aunque había falangistas, la responsabilidad de vigilar la cárcel recaía en el Ejército. «Un sargento moro me dijo que me sacaría de la cárcel si me casaba con él». «¿Y qué le respondió?». «Que sí, pero si sacaba también a mi madre». A él no le dieron permiso para sacar a su madre, por lo que Serafina rechazó su oferta. «Sí, por salir de allí me hubiera casado con él, pero solo si me hubiera llevado a mi madre conmigo», repite Serafina ante el estupor de dos de sus nietas, presentes en la entrevista.

Entre los guardianes había un teniente que era muy atractivo, de unos 25 años, soltero. No se acuerda de su nombre, pero sí de que «era un tipazo». «A María la hizo creer que era su novio. La sacaba muchas noches a cenar y a pasear». Se refiere a María Belló, con quien hizo amistad en la cárcel. Había sido teniente de milicias y tenía una niña en Elda. «María era muy guapa». Serafina le advirtió que tuviera cuidado, que lo que el teniente pretendía era sonsacarle información, pero María no le hizo caso y en cierta ocasión hasta le respondió, airada, que «lo que te pasa a ti es que estás celosa». Fue este mismo teniente quien le puso las esposas a María y la sacó de la cárcel.

«Cuando nos miró, todas agachamos la cabeza. Sabíamos adónde la llevaban». María fue fusilada en Elda el 16 de noviembre. También fueron fusilados en Valencia su marido, que era capitán del ejército republicano, y otros cuatro oficiales. «¿Los delató María?». Serafina se encoge de hombros y dirige la mirada al suelo.

Tres presas empezaron a salir para limpiar casas. Serafina fue a la del teniente. El primer día encontró unas monedas tiradas en el suelo, pero no se las quedó. «Yo conocía ese truco». Pero las otras dos no debían conocerlo porque sí que se las quedaron. Ya no volvieron a salir para limpiar. Serafina lo hizo todos los sábados. «El teniente me invitó un día a comer al restaurante, pero le dije que era una prisionera y que mi lugar estaba en la cárcel». A partir de entonces el teniente hizo que cada sábado le llevaran un bocadillo.

Una presa mayor, asturiana, discutió un día con el teniente porque aseguraba que había sido maestra en El Ferrol y que Franco había sido su alumno. «Buenas hostias le daba para que estudiara, que sus padres así me lo pidieron», recuerda Serafina que dijo. «Decía que si Franco supiera que ella estaba allí, la liberaría inmediatamente». El teniente, que era de El Ferrol y conocía a Franco, se burló y se rio de ella. Pero al día siguiente fue serio y cabizbajo a hablar con la presa, que al poco empezó a dar saltos de alegría. «Era vieja, pero cómo saltaba». Se la llevaron a Madrid y días después sus excompañeras de la cárcel de Monóvar recibieron una carta suya en la que les explicaba que Franco había dado orden de que la liberasen, y que se marchaba a su tierra.

«Cuando se me llevaron a Alicante, el teniente se despidió diciéndome que sentía mucho que me fuera». Serafina y su madre estuvieron poco más de cuatro meses en Monóvar, después estuvieron en un convento de monjas en Alicante, en el castillo de Montjuich, en otro convento de Girona y en la cárcel de Málaga. Ya libres, desde Málaga se volvieron a La Algueña, pero su madre fue juzgada otra vez en Alicante y volvió a ser llevada a la cárcel malagueña por otros seis meses. En 1946, con 27 años, Serafina se fue a Argelia, donde estaba su padre, que había rehecho su vida con otra mujer en Peregó. Su madre se quedó en La Algueña, donde rehizo también su vida con una nueva pareja.

En Argelia conoció al exiliado Vicente Salom Orrobal, de Carcaixent, con quien se casó y tuvo cinco hijos: Rosa Mari, Silvia, Odile, Vicente y Jemila. Su marido y ella combatieron durante dos años contra los franceses por la independencia de Argelia. Y tuvieron que huir a Marruecos para salvar la vida. En 2013 le hicieron un homenaje en Argelia al cumplirse 50 años de su lucha como combatiente por la independencia de ese país. Tiene concedida una pensión por el Gobierno argelino, que cobra su hija Rosa Mari, que vive en Orán con su esposo e hijos. Serafina vive en La Algueña con su hija Jemila, sus nietos y su bisnieto.